

de industrias que cubrieran buena mano de obra. Y creo que en pocos casos por el simple afán conquistador o aventurero que ha guiado a otros pueblos de España.

El manchego de Villarrobledo, al menos entre mi generación de hombres que han rebasado la frontera de los treinta años, crecimos con el amor a nuestra tierra, en la que muchos hubieran —hubiéramos— querido asentarnos para siempre. Pero a la mayoría no se les brindó el adecuado medio para subsistir, o para obtener otras rentas, no necesariamente pecuniarias, como pudiera ser el acceso a la cultura en sus muy diversas manifestaciones. En los años sesenta, quien no estudiaba, tenía como alternativas trabajar en el pequeño negocio familiar; en el campo, cada vez más abandonado (hoy los jóvenes no quieren cultivarlo), en alguna fábrica... La escasa —entonces— actividad burocrática en Villarrobledo llevaba el señuelo de entrar en una entidad bancaria, aunque fuera empezando desde abajo, en un puesto de botones, como un objetivo para los padres que deseaban para sus hijos un puesto seguro. Ese fue mi caso; el último que he referido. Confieso que con el tiempo me sirvió de mucho, al menos para acallar de vez en cuando a esos espíritus pedantes y orgullosos que pudieran presentársele a uno en ocasiones. Y ahora que es uno Licenciado en

desgana, qué apatía o quién sabe qué oscuros designios guiaban a los responsables de esa emigración!. Porque nuestros conciudadanos no se iban del pueblo por gusto. No se pedirán cuentas ahora a nadie de por qué en Villarrobledo (como lógicamente ocurrió en tantos pueblos de España)



Ciencias de la Información, esos recursos cobran mayor fuerza.

Y mientras, el trasiego de emigrantes, cooperando en la España del desarrollo de los sesenta. ¡Qué

no se creó la infraestructura industrial necesaria, los puestos de trabajo suficientes justo cuando España iniciaba su época dorada del desarrollo, para contrarrestar esa dolorosa emigración. Y encima, nuestros emigrantes enviando divisas puntualmente cada vez, franco a franco, marco a marco, libra a libra, llenando lentamente una hucha familiar, una cartilla, una cuenta bancaria, depósitos conseguidos a base de sudor y lágrimas, de melancolía y añoranza, de cartas de esperanza a la familia, a los amigos del pueblo.

En fin, no sé cómo irá ahora el censo local, pero de los 25.000 habitantes del Villarrobledo de mediada la década de los cincuenta, bajó mucho la cifra en la década siguiente.

Demos al artículo, en adelante, otro tono que no sea el del lamento. Y siguiendo el hilo viajero sentimental con que lo he iniciado, paso a contarles lo que me sucedió en Nueva York en mayo último.

Caminaba con cierta prisa por la Quinta Avenida de la ciudad de los rascacielos; el corazón de Manhattan, en una palabra. Les recuerdo, de paso,